

INTERPRETACIÓN, LECTURA Y ANÁLISIS DEL DISCURSO

Unidad Académica de los Ciclos Profesional y de Posgrado

En la tradición del pensamiento occidental interpretar es, en una primera instancia, explicar un significado y, en otro nivel, determinar, hallar sentidos ocultos en un texto o bien atribuirse-los; en este segundo plano, por lo tanto, la interpretación se concibe como una hermenéutica, término que indicaría su carácter sistemático y aun su filiación histórica, incluyendo el aspecto contextual de una función admitida o exigida por determinada estructura social. En la actualidad, sin embargo, y tal como a partir de la aparición del psicoanálisis, el concepto de interpretación se ha ensanchado, en la medida en que lo que originariamente tenía de sistemático ha sido grandemente desarrollado. Ahora bien, en tanto sistema identificado y reconocible, lo que llamamos "interpretación" se reclama heredero y parte de la multiplicidad de interpretaciones existentes pero, al mismo tiempo, en cuanto posee una fisonomía propia y diferente —ya sea como hecho singular, ya como emanado de su sistema—, puede estar impugnándola. Dicho de otro modo, cada interpretación que se formula tiene una identidad que surge por diferenciación respecto de un universo interpretativo en el que se inscribe así como en virtud de la relación particular que establece con el objeto —el texto— sobre el que trata de operar. Por otra parte, y en función del mencionado carácter sistemático, tal operación implica un aspecto de superposición, de construcción, de modo tal que se podría decir que interpretar un texto es, al mismo tiempo, *hacerlo* a través del hallazgo de sus sentidos ocultos. Por último, no deja de ser oportuno señalar que, como sistema, la interpretación configura un lenguaje y, de este

modo, lo inviste de sus rasgos esenciales; más aún, se podría señalar que todo lenguaje es en sí mismo un sistema interpretante que introduce, por lo tanto, en los discursos esta dimensión.

La relación de la lectura con la interpretación es no sólo estrecha sino de interdependencia en la medida en que, para poder iniciarse, la interpretación descansa sobre el hecho físico de la lectura y ésta, por su lado, como una actividad que hace presente el horizonte de la lengua, introduce la dimensión interpretante. Podría decirse que la lectura se consolida, desde sus inicios virtuales, como una práctica cuyo sentido primordial es cerrar o completar el ciclo que se ha abierto con la producción del texto. Por lo tanto, se perfila desde su primer momento y más allá de su ejercicio universal, como una actividad que implica una determinada forma de "consumo" de esos objetos específicos que se designan como "textos" en el sentido de comprensión, desciframiento o descodificación de mensajes y aun de su absorción o incorporación, cognoscitiva. Pero la lectura, en un segundo momento, aparece como una actividad que sobrecodifica al texto, incidiendo en él y transformándolo; esa dimensión es, justamente, lo que le confiere su calidad de práctica signficante: la lectura *hace* los textos y los hace en su significación. En consecuencia, toda lectura funciona como un sistema particular de producción y, como tal, pone de relieve la totalidad de planos que recorren los textos y no sólo el plano semántico, en el que fincaba esencialmente la "interpretación". Por esa razón, y teniendo en cuenta el orden de sus efectos e incidencias, podemos llegar a entender la actividad de la lectura como co-productora y co-fundadora de cultura; leer implica imprimir a los textos el sello de la sociedad y la cultura que los lee.

En relación con esta situación de la lectura, como sistema que se vincula con una totalidad a partir de lo que hace con cada texto, se puede señalar que la interpretación forma parte de su operación; si, a su vez, lo que llamamos "interpretación" es en realidad un conjunto de interpretaciones o de líneas interpretativas, podemos decir que el proceso de la lectura apela a una inmultiplicidad o se nutre de ella, razón por la cual la lectura, en tanto co-productora, establece lazos con las más variadas determinaciones históricas, culturales, ideológicas y psicológicas.

Es evidente, además, que de la relación entre interpretación y lectura surge la imagen de la dimensión analítica que caracterizaría por otra parte las expresiones más radicales y diferenciadas

de la actividad lectora; en esa perspectiva, lo que se entiende como lectura corriente, podría hasta cierto punto prescindir de tal dimensión; y decimos "hasta cierto punto" recordando que el lenguaje es interpretante y que la interpretación, por mínima que sea, está en la base y el fundamento de todo análisis. En ese marco, la expresión "análisis del discurso", que desarrolla dicha dimensión, se inscribe como un campo perfilado: es ciertamente *un* tipo de lectura pero se propone metas que van más allá de lo que persigue ordinariamente la lectura como sistema; si ésta tiende a aprehender los textos para, en última instancia, poder describirlos en lo que son, incluidos los planos ocultos que devela la cuota de interpretación que la integra, la lectura que realiza el análisis del discurso quiere aprisionar el texto pero a través de una metódica y sistematizada infiltración en sus espacios oscuros o vacíos, en lo "no dicho" que también lo constituye como discurso, con el objeto de poner al descubierto y desenmascarar, pero también comprender, su imprescindible carácter ambiguo, polisémico, intra y extratextual.

Título: “Interpretación, lectura y análisis del discurso”

Autor: Unidad Académica de los Ciclos Profesional y de Posgrado

Fuente: *Discurso*, año 1, mayo-agosto 1984, pp. 7-9.

Publicado por: Facultad de Filosofía y letras, UNAM

Palabras clave: Hermenéutica, interpretación, lectura, análisis del discurso.

Copyright

Discurso es propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México y su contenido no deberá ser copiado, enviado o subido a ningún servidor o sitio electrónico a menos que se tenga el permiso del autor. Sin embargo, los usuarios podrán bajar e imprimir el artículo para uso individual.